

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON DE LA ESPERANZA,
PARA LA DOMINICA 3.^a DESPUES DE LA
EPIFANIA.

—
Et ecce leprosus veniens adorabat eum, dicens: Domine, si vis potes me mundare.

MATH. VIII. 2.

Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.

El leproso del Evangelio de este día se acerca á Jesucristo, en actitud humilde y reverente, adorándole, y demandando misericordia para su triste situación. Señor, dice, si quieres, puedes curarme. Palabras que revelan una esperanza firmísima en el poder de Jesucristo y que al punto reciben generosa recompensa. Y extendiendo Jesús la mano, con solo tocar al leproso y decir: Quiero curarte, se

limpió, luego al punto quedó limpio de su lepra.

Si nosotros acudimos á Jesucristo, nuestro Salvador y Glorificador con esperanza igual á la de este leproso, podemos confiar que lograremos de su amantísimo Corazon el remedio de nuestras dolencias espirituales y nuestra eterna salvacion. Hablemos, pues, de esta virtud teológica para inculcar su necesidad y enaltecer su maravillosa eficacia. A fin de que conozcan los hombres el precio de esta virtud, y conociéndola la practiquen, y practicándola, puedan saborear sus delicias y salvarse, expondré *su naturaleza, su necesidad y eficacia.*

-Habiendo descrito en el sermon precedente las excelencias de la caridad, me ha parecido conveniente ofrecer á vuestra

contemplacion las otras dos virtudes teológicas, que son la fé y la esperanza. Dejando para la próxima Dominica la grata tarea de encarecer las maravillas de la fé, vamos á contemplar en este momento el bellissimo retrato de la esperanza cristiana tal y como se halla expuesto en la Santa Escritura, en los libros inmortales de los Santos Padres y en las obras imperecederas de nuestros teólogos mas notables y esclarecidos.

Si escuchamos á San Buenaventura (1), la esperanza por razon de su objeto es una virtud que nos inclina á desear con ardor y buscar con ahinco los bienes espirituales y eternos. Si oimos al glosador de San Pablo, al celebre Haimon, la esperanza por razon de su objeto y de su origen no es otra cosa que cierta confianza en el logro de la eterna dicha, basada en la gracia de Dios y en nuestras buenas obras. Si seguimos en su vuelo sublime al águila de los Doctores, la esperanza por razon del objeto y del hábito, es una virtud que nos asegura la consecucion de las grandes cosas que creemos.

Hé aquí, pues, la santa esperanza, virtud nobilísima que tie-

ne en Dios su principio que mira á Dios como á su objeto y á Dios se dirige como á su término. El hombre que vive de la fé espera de Dios el perdon de sus culpas, la luz que disipe sus tinieblas, la fuerza que le haga superior á las tentaciones, el auxilio que ha menester para obrar en el orden meritorio, el don de la perseverancia final y la gloria eterna, como recompensa suprema de sus méritos y buenas obras.

Explicada ya la naturaleza de la esperanza, nada nos parece tan claro y evidente como su imprescindible necesidad para el logro de nuestra eterna bienaventuranza. Anda, dice el sábio, (1) visita las naciones y veras que ningun mortal esperó en Dios y fué confundido. Dichoso el hombre que espera en el Señor (2). David pondera las excelencias de la esperanza y recomienda en muchos de sus salmos las necesidades de esta virtud asi como los grandes bienes que su práctica proporciona á los mortales. La misericordia de Dios, dice el real Profeta, rodeará á los que esperan en él (3). Feliz el hombre que pone su con-

(1) Eccl. II.

(2) Prov. XVI.

(3) Psa. XXXI.

(1) In. 3. dist. 26.

fianza en Dios (1). No desmayarán en sus propósitos los que esperan en Dios (2). Porque es el escudo de los que esperan en él, (3) ni abandona jamás á los que confían en su poder (4) y se refugian como en seguro asilo bajo las alas de su amorosa Providencia (5). Esperad, dice S. Pedro en la gracia que Dios tan generosamente os ofrece. Con la esperanza, dice S. Pablo, logramos la salvación. *Spe salvi facti sumus*, porque sabemos que cuando se aruine esta habitación terrestre, volará nuestra alma á descansar de sus fatigas en la eterna morada del cielo, no hecha de mano, sino edificada por Dios sobre cimientos eternos, embellecida con piedras preciosas y embriagada con perfumes de suavísima fragancia. ¡Oh! La esperanza como sea firme, ardiente y fervorosa obra maravillas. Dadme corazones que aspiren de veras á las dichas del cielo, y yo os daré toda la dicha que puede disfrutarse en la tierra. La esperanza de las cosas futuras, dice Orígenes, hace suaves y hasta placenteros los tra-

bajos de esta vida. Si tantos sudores y trabajos nos cuestan los bienes miserables de la tierra y con la esperanza de conseguirlos, no dudamos sacrificar, nuestro reposo, nuestra salud, y quizá nuestra conciencia, ¿cómo somos tan perezosos, y miramos con indiferencia la consecución de ese reino gloriosísimo que se ofrece á nuestra esperanza como galardón de nuestro trabajo y recompensa de nuestros sacrificios? Porque es débil nuestra esperanza. Trabaja el sábio con esperanza de sorprender algún secreto de la naturaleza, de aumentar el caudal de sus conocimientos, y de atraer sobre sí la admiración de las gentes, trabaja el comerciante con la esperanza de acrecentar su capital; trabaja el labrador con la esperanza de obtener una abundante cosecha; trabaja el jornalero con la esperanza de encontrar al caer el día la recompensa de su trabajo, y ¿porqué trabaja el cristiano, por qué sufre, por qué lucha, por qué gime, porque se mortifica sino por la esperanza del premio eterno y de las eternas delicias que Dios ha prometido á sus fieles servidores? ¡Oh esperanza de la gloria! exclama S. Agustín: Por tí sufrieron tantos trabajos los Patriarcas y profetas; por tí

(1) Psal. XXXII.

(2) 1. Machab. II.

(3) 2. Reg. XXII.

(4) Judith. XIII.

(5) Psal. LVI.

sacrificaron su vida los apóstoles; por tí desafiaban intrépidos los tormentos y la muerte los mártires de Cristo; por tí maceran su carne y castigan su cuerpo los santos confesores; por tí renuncian al mundo y se entregan gozosas al casto amor de su eterno y perfectísimo ideal en el retiro del claustro delicadas doncellas; por tí desprecia el rico sus tesoros y los emplea en obras de piedad y misericordia; por tí se resigna el pobre en su indigencia y bendice á Cristo que santificó la pobreza y prometió á los pobres de espíritu las riquezas de su reino; por tí se aparta el pecador de sus malos caminos y persevera el justo en la justicia; por tí marchamos con paso firme por el desierto de esta vida, avidos de poseer esa tierra de promision que ofreces á nuestra vista como recompensa de nuestros trabajos, de nuestros méritos y de nuestros combates; por tí, si reináras en el mundo con tus graciosas compañeras la fé y la caridad, reinarian entre los hombres todos los bienes y desaparecerian todos los males, los hombres serian poco menos que ángeles, la familia semejaría un jardín y la sociedad un paraíso donde gustariamos anticipamente las inefabiles deli-

cias del paraíso eterno de la gloria.

Esperad, pues, que seréis felices con una felicidad que no ha visto otra mayor el ojo del hombre, con una felicidad que excede infinitamente la humana penetracion, con una felicidad que apagará la sed inextinguible y colmará el inmenso vacío de nuestro corazón, siempre inquieto hasta que descansa en el seno de su Dios.

Pero entendedlo bien, hay dos escollos que evitar en la vida del tiempo para arribar felizmente á las beatificas playas de la eternidad, y son la demasiada confianza, y la desesperacion. Vanamente esperan salvarse los que rechazan los medios de salvacion, los que viven como de asiento en el pecado y no quieren abandonar los caminos de la iniquidad. ¿Cómo esperan salvarse, dice San gregorio, esos temerarios que no siguen las huellas de Cristo y beben como el agua la iniquidad? Si no ponen los medios que son el odio al pecado, las virtudes y buenas obras, ¿cómo han de lograr el fin que es la eterna salvacion? Vana es su esperanza, dice el sábio, (1) y sin fruto su trabajo. La esperanza

(1) Sap. III.

del hipócrita se desvanecerá (1) como la espuma leve dispersada por la tempestad. (2) Presumen salvarse sin dejar el vicio y cuando menos lo piensan, viene la muerte y los arroja en las llamas eternas. *Ascendunt usque ad caelos et descendunt usque ad abyssos*. Esperan bien los que viven bien. Sólida es la esperanza de los que como San Pablo pelean el buen combate y terminan su carrera llenos de méritos y buenas obras. Huid, pues, de este escollo de la presunción que á tantos precipita en el abismo de la eterna perdición. Temed á Dios y evitared la presunción. Con temor y temblor dice el Apóstol que debemos obrar nuestra salvación, y que por medio de buenas obras debemos asegurar nuestra elección para la gloria. Esperad mucho en la bondad y misericordia de Dios, pero desconfiad de vosotros mismos. Evitad la presunción y la vana esperanza, y no olvideis que Dios no puede dar el infierno á los que viven bien ni dará su gloria á los que viven mal.

No presumáis, pero tampoco desesperéis. La desesperación es un pecado contra el Espíritu Santo. *Insanabilis fractura tua,*

(1) Job. VIII.

(2) Sap. II.

pessima plaga tua (1). El que desespera de su salvación, dice San Agustín, niega la misericordia divina. Gravísimo pecado comete el que desconfía de Dios, porque niega que Dios tenga caridad, verdad y potestad, en las cuales se apoya toda nuestra esperanza, á saber; en la caridad de la adopción, en la verdad de su promesa y en el poder de la Redención.

La desesperación cierra al hombre las puertas del cielo, la esperanza las abre y la confianza suaviza y hermosea la entrada. ¿Quién puede desconfiar de su salvación, contemplando á Jesucristo, Hijo de Dios? Aunque vuestros pecados sean muchos y enormes, aunque estéis cubiertos de la lepra de la corrupción, no temáis, no desconfíeis; acercáos á Jesús humildes y contritos como el leproso del Evangelio, y al punto os vereis curados. Presentáos al sacerdote, y como está investido del poder de Jesucristo, como desempeña el ministerio sublime de aplicar á los enfermos las medicinas de la redención, él sanará vuestra lepra, limpiará vuestra conciencia, confortará vuestro espíritu, os hará amigos de Dios y herederos de su reino, Amen.

(1) Jerem. XXX.

DOS CIELOS.

RELATO HISTÓRICO.

En el cielo nos veremos.

La renombrada Universidad de Salamanca se hallaba por los años de 1521 en el apogeo de su prosperidad, convertida en emporio de las ciencias, y aun pudiera decirse en oráculo científico de la Europa entera. Entre los nobles y gallardos mancebos que de todos los puntos de la península acudían á beber en sus aulas de la inagotable fuente del saber, distinguíanse por su religiosa piedad y compostura, que les hacían ejemplo de sus compañeros todos, dos jóvenes hermanos oriundos de Vizcaya, como indicaba su ilustre apellido aunque nacidos en la villa de Oropesa, hoy perteneciente á la provincia de Toledo. Llamábanse Francisco y Alonso de Orozco. Francisco era el de más años: negra barba cubría su rostro prestando á su fisonomía cierto aspecto de gravedad: Alonso, apuntaba el primer bozo de la juventud, parecía más jovial y simpático: tinta de virginal pudor bañaba sus frescas mejillas, y en sus rasgados y negros ojos se pintaba un sentimiento de dulzura inexplicable. Veíaseles siempre juntos, y se amaban con purísimo y acendra-

do amor fraternal, fundado, más aun que en el estrecho vínculo de la sangre, en la semejanza de las almas, nada inferior á la de sus hermosos semblantes.

Orillas del Tormes paseaban ambos hermanos en una hermosa tarde de otoño. Francisco estaba taciturno, y con la cabeza inclinada contemplaba las amarillentas hojas de los árboles que á sus piés caían con la aproximación del invierno, Rompiendo al fin su silencio, dijo á su hermano con aire distraído.

—Alonso: mira esos árboles como se desnudan del brillante ropaje que los engalanaba en la primavera. Hermano mío: todo perece, todo se muda: al vigor y la lozanía de la juventud sucede el desmayo de la vejez. Los árboles pierden su hermosura: los hombres... ¡ah!... los hombres son como los árboles.

—Francisco — respondió cariñosamente Alonso, — todo cuanto dices es gran verdad; pero permíteme te diga que desde hace algún tiempo noto en tí una profunda melancolía que no alcanzo á comprender. Desde el día que oímos aquel sermón al Santo Fray Tomás de Villanueva, nunca te he visto sonreír; todos tus pensamientos son tristes, estás como abstraído, y hasta con frecuentes

escapatorias me privas del dulce placer de tu amable compañía. Francisco; algo serio estás meditando.

—Hermano mio; me causa hastío el mundo.

—Y tienes razón sin duda; ¿quién ha de amar á uno de los enemigos del alma?

—Alonso, —añadió Francisco tomando las manos de su hermano mientras brillaba en sus ojos un relámpago de alegría;— Alonso me voy al cielo.

—¡Al cielo!—exclamó el joven sorprendido.

—Al cielo se vá por las puertas de la muerte: ahora comprendo tu tristeza. ¡Oh! el cielo... el cielo!... Si fuera verdad lo que me dices, yo también te seguiría, tú pedirías á Dios que yo muriera contigo. Pero ¿qué fundamento tienes para creer que tan pronto has de morir?

Francisco sonrió cariñosamente.

—Sí,—añadió;—al cielo se vá por las puertas de la muerte, y.. yo estoy muerto.

Alonso no pudo reprimir una carcajada.

—Vaya, hermano, dijo;—tu te chancas: no entiendo lo que quieres decir; hace tiempo que estás por extremo misterioso.

—Hermano mio,—respondió

Francisco tornando á su gravedad ordinaria;—voy á confesártelo todo, todo. ¿Recuerdas aquel sermón que predicó el santo Prior de San Agustín Fray Tomás de Villanueva? Nunca olvidaré esta frase que escuché de aquellos labios inspirados: «La religión, nos dijo, es el cielo...» ¿Me escuchas Alonso?

—Prosigue,—respondió el joven abismado en hondas meditaciones.

—Desde aquel día,—continuó Francisco,—formé la irrevocable resolución de vestir el hábito religioso en ese convento que produce hombres tan eminentes en santidad, en el Convento de San Agustín, del cual dice el refrán que nunca faltará en él un santo.» Pues bien,—continuó volviendo á tomar las manos de Alonso;—pues bien, las escapatorias de que me has hablado tenían por objeto solicitar mi ingreso en esa mansión de los santos, y á estas horas, querido hermano, veo cumplidos mis deseos, y soy el hombre más feliz de la tierra. La aparente tristeza que ves en mi semblante oculta mi inmensa alegría interior como la ceniza oculta el fuego. Alonso, me voy al cielo, y como al cielo se vá por las puertas de la muerte, yo estoy muer-

to... para el mundo. ¿Me entiendes ahora?

Alonso no contestó: con los ojos bajos continuaba sumido en abstracción profunda. El paseo continuó en silencio. Francisco observaba sin hablar palabra el semblante de su hermano, y vió algunas lágrimas rodar por sus frescas y encarnadas mejillas.

—¡Llora! pensó Francisco,— mi hermano, tan bueno, tan santo, tan despojado de los afectos de la tierra... llora por mi separación... ¡Oh! no lo entiendo.

Continuó todavía por breve tiempo el silencioso paseo. Al fin, Alonso se detuvo y dirigió una expresiva mirada á su hermano, pero no habló palabra.

Francisco le echó cariñosamente los brazos al cuello, y llorando también le dijo:

—No llores, hermano mío, no llores: la vida pasa como un soplo: nuestra separación será breve: en el cielo nos veremos.

Alonso estrechó con fuerza la mano de su hermano, y la llevó á su corazón que palpitaba con violencia, al mismo tiempo que con una inclinación de cabeza, como que recogía la última frase de Francisco.

Cuando la emoción le dió lugar para hablar, exclamó como

quien toma una resolución inquebrantable:

—Sí, hermano mío; tú lo has dicho: la Religión es el cielo, me apropio tus palabras ¡*En el cielo nos veremos!*

(Continuará.)

VARIEDADES.

El Vigia Católico de Ciudadela ha emprendido una verdadera cruzada contra los profanadores de los días festivos: 485 señoras han presentado al Excelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo una exposición en la que se comprometen á observar las festividades y á procurar que las observen todos aquellos que de ellas dependan, ó sobre quienes tengan alguna influencia.

—
Cinco familias turcas han abrazado el catolicismo en Irlanda bautizándose el día de la Purísima Concepción.

—
Doña Isabel Cody, de Filadelfia, ha legado 35.000 dollars para obras de beneficencia y 95.000 al Rdo. Arzobispo de aquella diócesis para la construcción de una casa de amparo y educación de jóvenes católicos. Don Patricio Kenna ha legado al Rdo. Prelado de Baltimore 38.000 dollars para la creación de una iglesia.